

Ella le ganó a todas mis *mentiras*



— J P —

Ella le ganó a todas mis mentiras.

JP

No me mires
no te pierdas
huye lejos
donde yo no exista.

1

¿Por donde empezar a contar aquel momento en el que vi sus ojos grandes por primera vez? Verdes de cerca y azulados de lejos. Algo vi en ella; quizás un reflejo de lo que me falta o el deseo de lo que quiero. Se puede decir muchas cosas cuando uno siente que se enamora, hasta mentirse al decir que se enamoró con solo verla, al primer instante o en la primer desgracia. Quizás sea pecado andar buscando un amor inesperado en donde uno sabe que aparecerá todos los días, listo para ser destruido por una historia romántica que cualquier mente inquieta logre inventar.

No recuerdo el momento exacto, solo sé que se quedó grabada en mi memoria. Admito que tiene un rostro peculiar. No sé a quien me recuerda o porqué, entre tantos rostros, el suyo fue el que aparecía cada vez que cerraba los ojos o en momento pocos agradables, como estar teniendo relaciones sexuales con otra persona y pensar solo en ella. No sé como alguien se salva de algo así, tan compulsivo y obsesivo. Pero aquí estoy, con el corazón en la boca y el fracaso entre las manos, listo para huir a un lugar donde me siento cómodo; donde puedo escribir y mostrar cada pedacito de mi mismo con la confianza de que nunca nadie podrá conocer ni ver la vulnerabilidad emocional que cargo encima.

Ella si pudo verlo, por alguna razón logró descifrare y ya no puedo disfrazarme de nada. Tan observadora como inteligente y tan bella como el sueño de darle la mano y seguir de largo a cualquier lugar e instante.

La primera vez que le hablé hice algo inesperado, incluso para mi. Fue un acto de atrevimiento, una jugada impensada y una maniobra sin dirección. Debía conocerla y que ella note mi existencia. Con el coraje en la mano, el temblor en la voz y en el cuerpo, me acerqué como pude, no como quise.

Es gracioso recordar aquel momento, donde yo tenia un ojo rojo e hinchado y mis oídos sordos, que a veces hacían ruidos como el mar en los días de vientos. No me importó nada, ni el hecho de que tanto ella como yo estábamos, cada quien por su lado, en una relación amorosa. Si, es probable que se trate de una especie de escapatoria emocional o solo una escena dramática de cualquier donjuán que le teme al compromiso.

Como pude la miré a los ojos y en unos instantes ya le estaba dando las gracias por responder a una pregunta que improvisé en el momento. No puedo negarme a los caprichos del corazón, pero de haber sabido todo el desorden emocional y neurótico que estaba oculto en mi vulnerabilidad disfrazada de un hombre duro y sin sentimientos, es probable que ese momento lo evitaría de ser posible. Aún así, lo agradezco, gracias a eso pude crecer o mínimamente conocerme un poco. Así son las historias, siempre pueden sorprender, aunque ahora su mirada me duela para bien y para mal.

Debo admitir que sentirse--o creerse-- enamorado de cierta persona mientras se duerme y se besa a otra, es estar completamente perdido. Es agarrar fuego y dejarse quemar hasta dejar una cicatriz que nunca va a desaparecer. Y las heridas en las relaciones humanas, tan frágiles como temibles, siempre tienen sus consecuencias. Nunca se mira de la misma manera el hechizo de un beso romántico, que de pronto tiene labios mentirosos y palabras vacías. Fue duro para mí, pero fue una muestra de lo perdido que me encuentro en la vida, sin saber quien soy y lo que quiero. Estoy en búsqueda, por supuesto, y así será hasta que deje de respirar.

Me viene a la mente la última vez que la vi. Eran momentos de frialdad, no solo no nos saludábamos, en realidad ni siquiera nos mirábamos. Eras miradas desviadas a diestra y siniestra. Pero un día, luego de que al dormir pronuncié en voz alta la palabra “perdón por ésto”, ella se acercó a mí, pese a mi oposición, a mi rechazo, a mi ego e inmadurez, ella sola se acercó y se sentó al lado mio.

Qué atrevida.

Me pregunto si lo estuvo planeando, porque yo lo estaba haciendo, esperaba el momento correcto para disculparme por mis actitudes, aunque sospechaba que de nada serviría. Pero las cosas hay que decirlas, sin minimizar cualquier palabra linda y honesta. Me sorprendió dos veces en un mismo día. Me hizo ver su calidad como persona. Afrontó todo, se acercó aún sabiendo que podría alejarla con una mala mirada, o se dio cuenta de que eso no iba a pasar, de que aún siento algo por su rostro, de que un “hola” iba a derretir mis sentimientos que por ego e inmadurez congelé. Es que es muy fácil ser estúpido y por suerte es difícil aceptarlo. Y digo difícil,

porque no tiene que ser algo que quede como un trámite pasajero y que se olvida sin más.

Pude escucharla reír de nuevo. Cambió todo. De un día a otro, yo mismo me acerque a darle los buenos días y a despedirme con cordialidad. Solo bastaba un empujón. Igual, para los tiempos que corren, uno teme ser un acechador. Nunca se busca incomodar, si ella se acercó es porque sabia que podía hacerlo, que sería bien tratada, como siempre. Todo este evento tan particular y sorpresivo, me hizo recordar toda una historia completa. Necesito sacarla de mi cabeza y darle un orden. Es probable que invente o adorne muchas cosas, porque, insisto, el mostrarse sentimentalmente vulnerable es peligroso.

Pero una vez más, hoy me atrevo.

Por fin, ya estaba muy acobardado en un rincón solitario.

2

Sé que no es bueno imaginar historias románticas, pero quien nos culpa de desear o fantasear con lo que queremos en secreto. Ya son varios años los que fueron testigos de mi sueño e ingenuidad. He de admitir que lo disfruté, tanto como lo sufrí como es debido. Enamorarse sin poder enamorarse, es como querer comprar un Ferrari teniendo el sueldo mínimo. Sin dudas, nada es imposible. Pero la deuda o el riesgo a una ruina catastrófica si son posibles.

He estado aprendiendo de ella con solo verla. Ya lo dice el poema de Benedetti: “Mi estrategia es mirarte, aprender como sos, quererte como sos”. Se puede aprender mucho de alguien viendo como actúa hasta en los detalles mínimos. No hay palabras, no hay engaños, no hay egos, solo un comportamiento desnudo a los ojos de cualquier interesado. Fueron muchos los minutos y las horas en las que ambos estuvimos sentados a solo un pasillo de distancia. Yo la miraba con la creencia de que no me veía, pero aprendí con el tiempo que ella es muy observadora, perspicaz y no se le escapa una. Una mujer atenta. Recuerdo el día en que se sentó al lado mio y me preguntó cosas que no eran del conocimiento público, pero que ella pudo observar en mi andar.

Quisiera ponerle un orden a mis palabras, pero no quiero caer en el invento de una historia de ficción. Quiero ser yo mismo hablando de lo que ni yo mismo me atrevo a hablar. Es ver el pasado y recuperar alguna historia que merezca ser contada. Es visitar, creo, mi despertar romántico, mi atrevimiento, mi desesperación, mis ansias por un amor imposible. No culpo a nadie, solo a mi mismo por no temer al rechazo.

Es lindo estar enamorado o creerse enamorado. Me contradigo rápido, según parece. Uno va por la vida con las preocupaciones y los sueños de siempre, las debilidades y las fortalezas que oscilan unas a otras todo el tiempo, y de golpe aparece una persona cuyo rostro y nombre nos alegra el día. Una sonrisa que calma los pasos de la vida apurada, unos ojos que hacen suspirar y una cadera coqueta que quitan el aliento. La idealicé rápido. De pronto era la princesa del reino. Y así es como le digo en la actualidad, pero en italiano. Hay que saber agradecer cuando esos

momentos de debilidad ocurren, hacen que uno se atreva a abrir el corazón y sentir todo lo que llevamos dentro, inclusive el dolor que aparece junto a los miedos.

Era la segunda vez en mi vida que me ocurre algo semejante. Los nervios me invadían cuando su presencia estaba a dos pasos de mis labios, que no soportaban la tentación de los suyos. Se dio cuenta a la primera, como dije, es muy observadora. Poco a poco la fui saludando con un “Buongiorno”, palabra que ahora no puedo pronunciar sin recordarla, por ende, me encargo de recordarla cada día. De todas formas, en su momento realmente creí que era mi gran secreto. A nadie le conté quien era la encargada de mis palpitaciones cardíacas, pero la gente empezó a ver mi comportamiento y a darse cuenta. Eso si fue molesto, que ya no fuera un secreto personal. Las personas tiene el don de arruinar todo lo que palpan, por eso se dice que lo mejor crece en silencio.

Pasaban los días, las horas, los minutos y los segundos. Verla era mi objetivo oculto del día. Cruzarla y poder saludarla. Ser testigo de su existencia y disfrutar cada instante. Enamorarse está bien, pero creo que en mi caso fue algo escandaloso. Como dije, ella estaba de novio y yo igual. Mi infierno era darle la mano a quien no quería, mientras a quien quería caminaba de la mano con otro. Dulce perdición para quien se atreve. No me importó, solo me dejé llevar. Total, mientras se pueda sentir algo en este mundo, hay que aprovechar antes de que todo se pudra por completo.

3

Veó mis días como algo inconclusos. No he sido yo mismo desde hace tiempo. Escapo de todo, me pierdo en varios laberintos al mismo tiempo y el rumbo es inexistente. He estado dormido mientras caminaba las calles ruidosas y me presentaba con una sonrisa inexistente ante la gente. Es una especie de ebriedad psicológica, donde la existencia se vive a medias, con recuerdos que desaparecen y sentimientos que se quedan, sin memoria, sin destino.

Mi madre siempre me preguntaba cuando la iba a visitar, “¿Qué te pasó en el medio?”. Era una pregunta que nunca me atreví a responder. Lo único que respondía era un silencioso “tantas cosas, la vida misma”, pero sé que la pregunta no estaba en hechos, sino en lo que era y en lo que me convertí como persona. Y, la tristeza tarde o temprano sale al exterior, ya no se puede ocultar bajo la fachada de un humorista buena onda dispuesto a crear el mejor ambiente posible. Fingir desgasta y forzar un sentimiento irreal destruye. No sé que podría responder en este momento, pero lo más acertado es que la vida me pasó por encima y nunca me hice cargo de mi mismo.

Me he aislado del mundo. Es claro que es un intento cobarde de protegerme de lo que se supone le da sentido a la vida. Ya me disgusta salir al centro y ver el conglomerado de personas que van y vienen entre tiendas y tiendas, en los rostros preocupados y desesperados por quien sabrá que cosas, mientras los vehículos pelean entre sí con vocinazos de rabia para aclimatar el ambiente en general. Si, me he convertido en un cínico. De todas formas, debo confesar el disfrute y satisfacción que me invaden cuando camino entre las calles vacías, sin los pasos apresurados, sin esquivar a nadie, sin esperar minutos a que los vehículos se detengan para poder cambiar de vereda, sin el ruido estridente de una ciudad agitada. Ni mencionar cuando se va al supermercado y caminar entre las góndolas disfrutando de la música de fondo, y llegar al cajero sin que haya nadie en la fila. Eso es una muestra de respeto al tiempo propio y ajeno.

De pronto soy tan solitario que me vendría bien irme al campo, lejos, con un río cerca, un poco de música y ganarme la vida con lo justo y necesario, sin pecar de avaricia, esquivando la mentalidad maníaca de la competencia. Es solo un pensamiento, porque me reconozco tan mundano como inepto. Lo que digo no es más que otra forma de decir que estoy cansado de todo lo que veo. Igual en terapia lo advirtieron, cuando se encuentra un poco de paz y se trabaja en lo que a salud mental respecta, de pronto todo se vuelve más difícil, y no queda otra más que ponerse la etiqueta de inadaptado social. No sé si vale la pena tanto sacrificio, pero allá vamos para encontrar la respuesta.

He estado así durante años, viviendo una vida desprolija, equivocándome una y otra vez, esforzándome pese a la frustración, en otras palabras, creciendo como persona, sufriendo los cambios y enfrentando la malicia que llevo dentro. Es bueno saber que al menos me atrevo. Es curioso que pese a mi aislamiento social, que cada tanto rompo con una buena charla que puede surgir en el día, hay personas dispuestas a provocar, a molestar e intentar sacarme de mi comodidad. Cada quien actúa por lo que es e intenta robar lo que no tiene, por ende, nunca hay que reaccionar. Solo hay que observar y aprender a ser mejor. La templanza es una especie de don mágico solo para aquellos que han alcanzado un poco de paz. El resto, en cambio, han de estar defendiendo a diestra y siniestra un ego frágil y el deseo desdeñoso de que el resto los vea con buenos ojos. Tanto esfuerzo y tiempo desperdiciado en la envidia y el odio, podrían optar, mínimo, ser respetuosos y educados. Da igual, es mucho pedir.

¿Que tiene que ver todo lo anterior con los recuerdos de un enamoramiento? Esos eran los pensamientos que me invadían cuando me frustraba y me daban ganas de escapar para siempre. Ideas soberbias y egocéntricas que desaparecían cuando la veía caminar a cualquier distancia, de ida o de vuelta, a izquierda o derecha. En esos momentos solo pensaba en la belleza y en lo lindo que es vivir para disfrutar cada oportunidad. “Vivo por la belleza”. La música romántica se vuelve una gran compañía, los cuadros pintados por artistas de hace cientos de años de pronto transmiten mensajes ocultos y los poemas de otros se vuelven propios, listos para ser dedicados. Eso sí es vida, donde ya no importa la negatividad que hay que afrontar algún que otro día cualquiera.

Sé que es algo psicológico y hasta, inclusive, patológico. Pero confundir y engañar a la mente con algo tan bello como sentirse enamorado hace que uno se esfuerce para ser mejor persona. Todos podemos ser mejores personas y estar enamorado es una muestra de ello, pero como implica cierta dedicación, esfuerzo y disciplina, ahí es donde pierden los que de golpe son tóxicos, inseguros o violentos. Muestran lo que son, y están muy lejos de esa persona que estaba enamorada, que se esforzaba para ser y mostrar una mejor versión.

Desconozco que era yo la primera vez que la vi, pero no puedo evitar el pensamiento que fue, al principio, una vía de escape para mis sentimientos que estaban al aire y sin destino. En aquel entonces me encontraba en una relación poco satisfactoria, donde me sentía vacío, triste, deprimido y poco acompañado. Si, estaba con alguien y me sentía solo. Le daba besos a alguien y no podía continuarlos. Tenía sexo y buscaba acabar todo rápido. Ya no quería verla a la cara, todo era tan mundano y lujurioso que me consumió por completo. Hice duelo estando en la relación, sabiendo la verdad pero siguiendo la mentira de que todo se construye y que hay que estar dispuesto a sufrir para poder ser algo. Gran error, he aprendido que dos personas que se quieren se tratan bonito y no dudan cuando sus ojos están a kilómetros de distancia. No pude con tanto desgaste y fui a la casa de mi ex novia, o ex algo. No había comido nada porque le tenía miedo a la pérdida o a estar solo, pero al darme cuenta de que ya me sentía de esa forma acepté las consecuencias. Hablamos con tranquilidad, sin discusiones y de un momento a otro me sentí libre. Es extraño decir eso, ya que siempre lo fui. Solo me martirizaba por ideas raras o contratos personales que se llevan al extremo. Me acuerdo que volví al centro en colectivo y como nunca viajé en colectivo, lo último que le pedí fue la tarjeta para pagar el ticket. Admito que tuvo su gracia. De todas formas, nunca me sentí tan bien. Mi único sufrimiento fue el no haber salido de ese compromiso antes. “Por qué esperé tanto”. Con el tiempo pude superar esa tristeza, aceptando todo como se debe. Lo que pasó ya era historia, y ya no quería revisitarla. Ahora lo hago y lo único que pienso es en lo lejos que puede llegar una persona por un poco de amor o acariciar la idea de ello.

4

La mente es engañosa cuando conoce palabras elegantes para excusar la verdad. Es contundente el hecho de que la persona de la que quiero hablar apareció en mi momento de mayor vulnerabilidad. Y no lo comento como una debilidad, más bien es un atrevimiento a dejar salir lo que se tiene adentro, a romperse una y otra vez para reconstruir a una nueva persona, en lo posible, en una mejor versión. Le ganó a mis ideas, le ganó a mi ego, le ganó a mis debilidades humanas.

Ahora que lo pienso mejor, ese comienzo sí que fue extraño. No puedo evitar sonreír y fantasear de que es una especie de ángel que apareció para vencer a mis demonios. Tan cursi como suena, pero lindo. Recuerdo las primeras interacciones, fueron intentos fallidos o acertados, pero por algo se empieza, no hay que minimizar los pasos lentos de la tortuga... y acá otro recuerdo. Tuve el atrevimiento de haber llevado encima un collar de una tortuga como símbolo de disciplina y paciencia durante años y la casualidad de que justo esta persona tenga dicho apodo, “Tortuga, da para inventarse y creerse todos los misterios esotéricos. Podría decirse que es una especie de sincronicidad, según Jung. Y ni mencionar mis gustos por las predas con cuello de tortuga. De pronto aparece en todo lo que me gusta, quizás por eso me gusta. No tuvo que hacer nada, solo existir.

Hubo una noche donde pensaba en ella. No conocía su nombre y era mi gran incógnita. La mente piensa en lo que quiere porque si no se menciona nadie puede juzgarla. Había tormenta eléctrica, los rayos azules y radiantes daban un gran espectáculo en los cielos negros. Era de noche, había un poco de lluvia, y por alguna razón se me ocurrió ir a la terminal de ómnibus en colectivo de línea con valija y todo. Es que la noche estaba linda, quería disfrutar de lo cotidiano sin ir en taxi de un punto a otro sin mirar los cielos. Lo hice sin pensarlo mucho, solo quería caminar un poco y tener tiempo para pensar. Caminaba tranquilo por la calle, ya que pocos autos circulaban en el centro. Llegué a la parada de colectivos sin saber si era el lugar correcto, y ahí estaba ella, dispuesta a conmoverme con su sola presencia. A veces pensar demasiado, con sinceridad y amor, hace que todo este tipo de casualidades parezca una especie de respuesta divina. De nuevo, no hace

daño fantasear un poco. Aproveché para preguntarle el nombre, que me lo dijo con entusiasmo, y me encargué de memorizarlo en el camino. Fue lindo aquel momento, tan inesperado y oportuno. Eventos simples que gustan recordar.

Me fui a mis pagos, ya no había mucho para hacer en esta extraña ciudad, tierras ajenas a mis costumbres. Aunque en mis pagos hoy en día me siento un extraño, ya no comparto nada, solo muestro una gran simpatía por la comida y la montaña. Con el resto he fallado, sé que muchos esperan un mínimo afecto de mi parte y que respondo con olvido. No es que no me importen, solo he crecido y ya no puedo responder con la misma simpatía de siempre, ya no soy capaz de mantener una conversación que no pasa de lo cotidiano, de las mismas preguntas genéricas de siempre y de las respuestas automáticas. No culpo a nadie, solo que así es como tenía que ser, desde el principio que puse un pie fuera de casa supe que nunca nada volvería a ser igual, ni a parecerse un poco. Pero de esto se trata, siempre recordar con quienes se creció y aprendió, para bien o para mal. Al final, la familia es lo único seguro que tenemos, a sabiendas de que nunca van a dudar cuando se los necesite. Eso es amor, según comprendo.

Estaba perdido. No sabía lo que quería. Estuve en esa duda durante años y es probable que lo siga estando. Un corazón inquieto, como quien diría. Lo positivo es que siempre busqué y por siempre buscaré. Mientras me tenga a mi, no me importa cuanto me pierda para por fin saber quien soy. Debo atreverme, de todas formas voy a morir aunque me acomode en las ideas que no son mías e hice mías por no saberme capaz de encontrar las que nacen en lo más profundo de mi existencia. Quiero saber quien soy, si lo que pienso es mio o es de otro, si lo que tengo es porque lo quiero o porque otro lo quiere y me metió esa idea. Puedo dar idas y vueltas sin parar, pero el punto es claro. Y acá vuelvo a tener el atrevimiento de admitir algo importante, pese a mis dudas, a mis idas y vueltas o a cualquier búsqueda de la verdad que parece que se asemeja con la mentira, nunca dudé en lo mucho que ella me gustaba. Con solo verla comenzaba a suspirar, lento o rápido, con cariño o excitación. Jamás me mentí con eso, mis sentimientos eran tan reales que le ganaron a cualquier mentira y excusa. O soy un chamuyero crónico, o solo estoy siendo tan sincero

conmigo mismo que no puedo evitar la incomodidad de lo que escribo. Un poco de ambos, no hay razones para mentir.

Voy a tomar una pausa. Es que mi vida personal me está perturbando un poco. Hay tanto por ver, tanto por contar. Obvio, eso lo voy a dejar para mi terapeuta, o psiquiatra de turno. Me alegra atravesar todo ésto ahora, mientras soy joven, soltero y sin hijos. Sino, si sería un caso perdido. Hoy digo buenas noches, mañana lo pensaré dos veces.

5

Comienzo el capítulo sin una idea clara. Es difícil escarbar entre los recuerdos y darle el orden cronológico correcto. Supongo el orden será según la importancia que les puedo dar. Entre mis miles de mentiras, recuerdo un suceso que en su momento no supe darle la magnitud que debía. Era invierno, yo me había ido a mis pagos unas semanas. No recuerdo como me fue en la universidad, pero si recuerdo bien que estaba distraído a causa de no saber controlar los pensamientos inquietos que van y vienen en la mente, ergo, no me fue del todo bien, no como debió ser.

No usaba mucho las redes sociales cuando las tenía. El plural es una generalización, puesto que solo tenía cuenta en una sola. A veces veía lo que viejas amistades compartían en sus historias o solo me reía por la cantidad de humor absurdo que aparecían a diestra y siniestra. Reía hasta llorar, ahora sé que hace un par de años mi risa fácil estaba intacta. No recuerdo cuando fue la última vez que reí a carcajadas. Fue hace mucho tiempo, supongo he perdido esa chispa que le daba alegría a mi juventud. De nuevo aparece la pregunta de mi madre “¿Qué te pasó en el medio?”, supongo que mi respuesta más acertada es que perdí la risa y la cambié por la realidad.

Volviendo a mi recuerdo, ella subió una foto mostrando donde andaba de paseo. Dicho sea la casualidad, a solo unos pocos kilómetros de mí ubicación. Es extraño como esos arrebatos de emoción logran motivar a alguien a hacer todo lo posible para poder cruzar o ver a cierta persona. Viéndolo con otros ojos, sin dudas me importaba bastante. No encuentro motivos y razones, lo que me alegra, puesto que no tuve que pensarlo dos veces para encontrar una excusa e ir a ese lugar teñido de blanco para verla una vez más. Es que con lo mucho que me gusta la montaña, ver dos bellezas al mismo tiempo debe ser un privilegio. Debo aclarar que apenas si conocía su nombre, no mucho más. Pero la necesidad de algo o la inspiración de todo me hicieron buscar a quién consideré como una de las personas más importante de mi vida.

Es un familiar. Una prima. Tenemos casi la misma edad, nos criamos juntos y vivimos momentos que marcaron nuestras vidas para siempre.

Momentos felices y bastantes momentos tristes. Me alegra haber estado presente siempre, sin importar las circunstancias. Es que algunas familias parecen estar malditas o bendecidas, según como se vea la vida. Si la tierra es el infierno, entonces algunas familias son bendecidas con la salvación del paraíso, donde terminan los mejores. Aun no estoy con el coraje de afrontar esos recuerdos. Tantos años han pasado y hace un par de meses lloré lo que en su momento no fui capaz. Tantas cicatrices sin curar que el alma aún duele. No importa, basta de melancolía. Lo que quiero contar es que la estupidez, la soberbia, el ego y todo lo que tiene la capacidad de destruir vínculos, me alejaron de esa persona. No nos hablábamos y la frialdad era absoluta. Ella estaba enojada y yo ofendido, o viceversa. Pero me comí el orgullo, no dejé que me ganara y fui a su casa. Después de un tiempo largo, donde el vacío se notaba, por fin nos sentamos en la misma mesa y riendo por bolucedes, como si nunca nada hubiera ocurrido. Es que el humano inventa la maldad y la coloca sobre sus ojos para no dejar de verla.

Como había visto que ella estaba en la nieve, tan cerca y a la vez tan lejos, le propuse a mi prima ir a cagarnos de frío un rato. Obvio que dijo que si, la cordillera es un lugar para cambiar de respiración y volver al pueblo con la mente liviana y el corazón oxigenado. Y así, de un día a otro, como en mejores tiempos, estábamos en familia, en el auto, yendo al frío blanco con vistas que emocionan hasta al más incipiente de los seres. Fue lindo ese viaje, esa re-conexión. Sentí el cambio en mi interior, ya que había una pena enorme por estar emocionalmente lejos de quien siempre me importó. No hubo reproches, no hubo culpas, no hubo nada. Creo que en el viaje limpiamos toda la suciedad que habitaba entre nosotros. Es importante saber dar el primer paso, por lo general solemos esperar al otro y es terrible si las dos partes piensan de la misma manera. Cuando llegué al lugar, ya no pensaba en ella. Mi cabeza, supongo, estaba en lo importante, en donde correspondía. Capaz la vi, capaz nos cruzamos, pero con los camperones, los gorros y todo lo que se lleva encima hacen difícil reconocer a la gente. Así es como ella y mis deseos de verla fueron la excusa o el motivo necesario para recuperar un vínculo roto. Ella, sin saberlo y sin querer, le ganó a una de mis mentiras.

Reconozco la exageración en mis palabras, pero son causalidades que le dan color a las historias. No pienso dar a conocer esto, es probable que lo

termine y lo deje olvidado en algún lado, como la mayoría de mis escritos. No es que no le doy importancia, solo que son tan personales que son una violación a la privacidad. De todas formas, lo digo en voz alta y por escrito, no pretendo diosificar a una Principessa, solo comento que el tiempo en el que estuve enamorado de ella, me pasaron miles de cosas. Es como contar una anécdota y adornar la misma con la estrella fugaz que se vio en el momento. En otras palabras y siguiendo el ejemplo, ella, sin quererlo, es la estrella fugaz de mis anécdotas. Muy trágico para todos, pero así están las cosas país.

6

Pienso en mi presente y en quien fui en el pasado. Veo como la vida me pasó por encima, se alejó y me sacó años de distancia. Fui negligente con todo. Quienes esperaban un poco de estima de mi parte se encontraron con ausencia y olvido. Mis pretensiones profesionales están muy lejos de cumplirse y no puedo no decepcionar a quienes en el pasado festejaron mi potencial intelectual. De nuevo a la pregunta de mi madre, “¿Qué me pasó en el medio?”. Era un estudiante ejemplar, aprobaba todo con buenas notas y siempre daba la cara por el resto cuando se presentaba una injusticia. Era querido y odiado sin puntos grises. Estoy muy lejos de esa persona, de lo que fui. No sé si el odio hacia el resto me llevaban a estudiar hasta el hartazgo, acompañado de mi temperamento y la facilidad de armar lío cuando algo no me gustaba. Un día dejé de odiar y perdí ese placer por querer discutir con quienes eran negligentes. Aunque siendo sinceros, buscaba cualquier excusas para meterme en problemas con gente de la administración, la policía y quien fuera. Ahora que lo pienso mejor, haber dejado de ser esa persona fue lo mejor que me pudo pasar.

Si bien no había paz en mí, era eficiente y hacia lo que tenía que hacer. Ahora, en la actualidad, no siento siquiera una pizca de voluntad. La pereza me ha dominado. Ojo, no me refiero al sedentarismo, si no a esa pereza que vuelve a uno irresponsable y evita el sufrimiento necesario para crecer y ser mejor persona. He muerto mil veces, y vil veces he cambiado de respiración. Mis objetivos actuales son profundos y los considero mi prioridad. Matar el ego y ganarle a la pereza, a la lujuria y todo lo que nos mata desde dentro. No sé ni por donde empezar, pero empecé. Me hicieron saber que era un proceso largo y doloroso, pero aquí estamos, buscando y buscando. No puedo decir si he encontrado lo que quiero, pero si me he alejado de lo que no quiero. Supongo no hay un objetivo final, creo que todo se trata de avanzar siempre y dejar atrás lo que nos hace mal. Es como subir una montaña, luego ver otra con mayor altura y dificultad, y desear subirla aún sabiendo todo el esfuerzo y sufrimiento que ello implicaría. Por algo la pereza es un pecado capital, pocos están dispuestos a ir más allá de lo que son, puesto que toda búsqueda implica un esfuerzo implacable. No importa el resto, solo es una observación. Quizás soy parte de ese resto con

intenciones de seguir de largo y perderme donde no me encuentren. O soy un charlatán más. Teniendo en cuenta como el ego y las mentiras actúan, todo es posible.

Creo que ésta especie de desahogo terminó convirtiéndose en un resumen de los libros de auto-ayuda baratos. Palabras lindas y excusas por doquier para no cambiar lo que nos arruina la vida. “Hay que aceptarse tal como son”. Justamente la psicoterapia más saludable invoca a ideas contrarias, matando las mentiras y descontaminando lo que el ego se encargó de endulzar. Las revelaciones duelen, la maldad acecha, pero darse cuenta es un avance. En un mundo de mentiras, solo se sobrevive con más mentiras. La verdad se convierte en un acto de revelación, matando lo que somos una y otra vez para por fin aprender a respirar.

Leyendo lo que he escrito, no puedo ignorar el hecho de que me encuentro decepcionado por el mundo que he visto. No sé si sea un pesimismo oculto, o meras expectativas de una mente inocente que se encontró con todo lo contrario a lo que imaginaba. Es una comunidad carroñera, donde la competencia busca que todos se muerdan entre todos para premiar al que tenga los colmillos más afilados y la rabia al rojo vivo. Lo único que puedo hacer es ir en-contramano, buscar mi propio camino y seguir mis instintos. Qué palabras tan lindas para esquivar la verdad.

Hay tanto cinismo en éste capítulo que me asusta verme tan neurótico. No soy eso y no quiero serlo. He fallado de nuevo pero por suerte tengo la libertad de seguir intentando.

He escrito sin recordar nada, al menos hoy estoy sin memoria. Y por alguna extraña razón, termino volviendo a ella, donde nacen las ganas de verla aunque sea un instante en algún rincón de este planeta que gira y nunca se detiene. No conozco a nadie que no disfrute ver una estrella fugaz cuando mira al cielo con las culpas y todo tipo de mentiras encima. De pronto, todo se olvida. Lo único que importa es sonreír un poco, suspirar y seguir intentando hasta encontrar lo que tanto queremos y/o necesitamos. Un día tras otro, es una lucha constante contra lo que no somos.

He utilizado la palabra “paz” de forma incorrecta. No es paz lo que siento, es resignación. Es duro toparme con esa verdad. Me sentía en paz, según mis pensamientos, pero en realidad me resigné ante todo y dejé de buscar e intentar. Dejé de entrenar, me alejé de todos los que rondaban en mi círculo social, me aislé del mundo en general con la mentira de estar en paz, cuando solo me resigné por completo de lo que pasaba por mis ojos y mis manos. Una gran confusión, y repetiré la palabra resignación para dejar de confundirla con la “paz” mental, espiritual o el adjetivo que sea.

Hace tiempo que me resigné por completo. Dejé de aceptar la realidad y huí de la verdad, sin querer hacerle frente. Creo firmemente en la idea de que la manera en la que se hace una cosa, es la misma manera con la que se hace el resto. Y yo, siempre fui excéntrico y atrevido. Un día dejé de serlo. Puedo traer a la hoja miles de ejemplos, pero como en todo lo que toco tiendo a romantizar, este caso no será una excepción.

El recuerdo que me llega la mente fue el momento en el que decidí ignorar o intentar sacarme de la cabeza a la dama en cuestión, a la principessa de casi todos los días. Fue un día bastante raro para mí. Sin saberlo tuve la oportunidad de compartir tiempo con ella para poder conocerla aunque sea un poco. Hablar, charlar y entender la dinámica que puede existir entre dos seres desconocidos. Fue lindo para mí, además de agradecer el poder estar cerca de alguien que usa un perfume rico y sutil, no invasivo y estoy seguro que era una marca de diseñador. O inventé el olor, o huele muy bien por si sola. Si, cada detalle cuenta. Creo haber comentado al principio el evento de un papel con el dibujo de un corazón y una flecha, mi firma romántica, y estoy seguro que fue en estos encuentro que saqué lo artista y le regalé un trozo de papel como si fuera un collar de oro fino y elegante. En realidad fue un gesto simple, jamás imaginé que lo iba a conservar todo ese tiempo. Supongo fue un lindo detalle, y a quien valora los lindos detalles hay detalles que no se ignoran. Por fin. Es que si algo no brilla, nadie se detiene a mirar. Es como si todos pretendieran ser parte de una monarquía.

Fue lindo estar a su lado, aunque no pude ser yo mismo. Por momentos lo fui, pero en los momentos restantes estaba con la cabeza en cualquier lado. Ella siempre supo que me gustaba y lo notaba en mi cara de enamorado, entre tantas obviedades. Pero nunca se lo dije en voz alta. Una de mis mentiras era que intentaba demostrarlo y no hacia falta decirlo. Era miedo. ¿A qué? Y, la respuesta puede ir desde el rechazo hasta la incapacidad de intentar querer a alguien. De la forma más extraña posible, se lo dije. Mientras le decía las cosas, me movía como si estuviera bailando una zamba. Y mi tono de voz y manera de hablar no se quedaron atrás, me recuerdo como un mafioso misterioso que es interrogado por la policía y se hace el desentendido. Ya da igual, lo importante es que por fin saqué esas palabras que tanto merodeaban en mi lengua.

No fue como lo esperaba. Sospechaba sentirme feliz, alegre, aliviado y hasta un galán de telenovela. Pero mientras ella me hacia la seña de un anillo en su dedo, que ignoré, yo sentía que caía a un pozo a medida que las palabras brotaban ya sin misterios. Me sentí vacío, como si hubiese abandonado la idea de sentirme enamorado. Fue tan grande la tristeza, que hasta tuve la creencia de que todo, cada palabra, cada sentimiento, no fue más que una vil mentira. Tanto tiempo creyendo en la mentira. Quizás esperé demasiado. Quizás idealicé demasiado. Quizás me faltó realidad.

Si se entiende lo que cuento, la respuesta a lo último es que me resigné al verla como si le estuvieran contando el chisme del día. Recuerdo ver su rostro con una sonrisa, pero era de burla y no de alegría. En otras palabras, vi la verdad y decidí a resignarme. Es que la fantasía y los mundos inventados terminan con un lector neurótico. No me enojé con ella, para nada. Solo me decepcioné a mí mismo por hacer pronunciado palabras en vano, sin sentirlas de verdad. Las dije porque me las saqué de encima y no para confesar algo. Ese fue el vacío, puesto que por fin me ví sin inspiración.

Recuerdo que me fui triste. Algo había terminado. Muchas ideas y pensamientos para limpiar. Estuve días en silencio, intentando comprender el porqué de mis sensaciones. Al otro día de haber pronunciado esas palabras la volví a ver y me saludó con normalidad, riéndose de lo ocurrido y eso me mató, ya que para mí no fue cualquier cosa.. De golpe, esa persona

se convirtió en mi resignación. Por fin pude dar un paso al costado y lo hice. Seguí una idea a través de los años y la verdad me golpeó duro. Y quiero aclarar que hablo desde mi experiencia y perspectiva, desconociendo por completo la vida personal y los pensamientos de la otra persona en cuestión, de ella, una principessa.

Ya no pude volver a verla. La humillación, el ego, la soberbia y tantas cosas que corrompen al ser humano me dominaron, me ganaron y no hice nada al respecto. Comencé a esquivarla por completo, a pasar frente a ella sin mirarla. Capaz a ella le daba igual todo esto, es probable que no le afectó en nada. Pero mis actitudes, como comenté al principio, no son saludables para nadie. La amabilidad y la educación nunca tienen que perderse.

Fueron momentos de resignación que denominé paz, puesto que ya no me sentía enamorado y había perdido ese comportamiento neurótico de querer estar con alguien, de querer darle un beso y caminar bajo la lluvia tomados de la mano. Me rendí por un momento. Dejé de verla, puesto que desaparecí. Lo trágico de este inicio de mi decisión a ignorar su existencia con la idea de encontrar paz interior o lo que fuera, es que a las pocas semanas yo estaba en la cama con otra mujer teniendo sexo pasional y desenfrenado, como en mis peores días, cuando la lujuria tocaba en mi puerta y atendía desnudo, listo para ahogarme en el peor de los placeres sin amor de por medio. Y esto va para otro capítulo de mi historia, cuando me resigné ante eso que llaman amor y me perdí por completo, una vez más, en lo que soy.

Con el tiempo ella le volvió a ganar a mis mentiras. A su manera, le agarré cariño y hasta el día de hoy disfruto verla, de lejos y de cerca. Me gusta y hay sentimientos lindos de por medio. Ya no hay explicaciones, solo sensaciones lindas que dan calma. La diferencia es que dejé de engañarme y acepto la verdad de mis sentimientos, que ahora hablan con mayor madurez. Me siento bien cuando aparece y ojalá aparezca más seguido para disfrutar todas las sensaciones que me provoca. El cuerpo y la mente no juegan a los dados, según parece.

Hay una frase que antes me gustaba repetir y por alguna razón olvidé. La repito una vez más: “Lo más real que tenemos son las sensaciones, los

sentimientos y las emociones. No hay palabras para excusar la verdad de todo eso. No hay mentira que les gane. Soy tan reales que tarde o temprano la única opción que queda es aceptarlas.”

8

Siento que es egoísta todo lo que escribo, ponerle toda esta responsabilidad a una persona que en no es alguien importante en mi vida. Es solo un sentimiento pasajero que el día de mañana seguro olvidaré cuando menos lo espera y me enamore de nuevo. Lo mismo de siempre. La única excusa que tengo es que quiero recordar momentos y adornarlos con ese listón romántico para hacer más ameno y divertido éste escrutinio con tintes de desahogo.

Es obvio que ser capaz de haber estado enamorado, o creer sentirlo, en cada momento horrible, en cada experiencia que pudo tirarme al suelo, en cada vivencia que pudo someterme hasta verme de rodillas, rendido y sin intenciones de volver a ponerme de pie, es un acto de resistencia. Lo que significa, es que nunca cerré mi corazón, jamás me alejé de la búsqueda de un buen amor. En este caso fue ella quien estuvo en mi mente, entonces con ella adornaré cada recuerdo. Porque fue quién me inspiró sentimientos bonitos cuando la vida se me oscurecía poco a poco. Creo, y no dudo, que una persona que ya no siente nada por nadie es una persona que se rindió por completo. Un alma resignada. Y si sos un romántico empedernido cómo quien escribe ésto, estar enamorado es lo que ayuda a respirar mejor.

Una pizca de voluntad para vivir, un destello a las ganas de esforzarse para ser mejor y merecer el amor en vez de necesitarlo. El amor legítimo es una acción, no un sentimiento. El sentimiento es algo pasajero, que va y viene según convenga, pero el amor requiere esfuerzo, dedicación y de seguro otros verbos que por el momento desconozco. Por todo lo que digo, sé que estuve enamorado de ella de verdad y no fue solo un rostro lindo que quise meter en mi cama para despertarme al otro día y haber perdido todo el interés, lo que ocurría en mi día a día. Y entre tantos nombre que pasaron, solo se quedó en mi memoria esa persona, quien me conmovió la existencia sin ponerme un dedo encima.

Ahora me gustaría mostrarle lo que he escrito. Capaz se asusta y desaparece para siempre. Por supuesto, aún tengo mucho para recordar. Hoy solo quiero ir ordenando y aclarando las cosas. Necesitaba sacarme ésta sensación de no hacerme cargo de mis problemas e ignorarlos jugando a ser

cupido. En terapia me obligarían a borrar todo ésto por rozar lo irresponsable. Pero acá estamos, sobreviviendo con los sentimientos en rebelión.

9

Es lindo volver a escribir. Hace años que no lo hacía. Quizás no encontraba nada para decir o contar. No es en vano, ahora estoy cargado de ideas y vivencias. Espero no recaer en la vida de sexo, drogas y rock and roll de nuevo. Puedo reprocharme todo, pero nunca el hecho de haberme atrevido a vivir siempre fuera de la zona de confort. Lo normal es perderse porque todo es desconocido. Lo malo es salir siempre y estar perdido sin curso fijo. Un acto masoquista o la curiosidad de un gato.

He estado tranquilo. Sin pensamientos raros y con las ganas de hacer real todo lo que se me ocurre. Hoy, mientras me duchaba, me llegó un recuerdo particular. Uno de los grandes. Si, está ella de por medio. Fue hace años. Ella sabía que la pretendía. Día a día se lo fui diciendo de la forma más sutil posible. Entre mi recuperación emocional, el estrés del día a día, los malos hábitos que me dominaban y mis pocas horas de sueño encima, tuve la brillante idea de confesar mis sentimientos con una carta. Sé que no era del todo correcto, pero hay palabras que deben ser dichas de cualquier forma.

No aguantaba las ganas de decirle lo que ya notaban hasta los observadores menos capaces. Es que mi cuerpo y mis ojos me delataban por completo. Se me ocurrió una carta porque hablando soy algo torpe. Escribiendo puedo decir lo que quiero decir, con los detalles que quiera y sin enredarme en idas y vueltas. Lo había hecho en papel y a mano, con mi letra cursiva que en su momento no tenía la claridad que tiene ahora. Para una mejor comunicación preferí transcribirla en digital y optar por los medios actuales. No recuerdo que decía, pero hay fragmentos que no olvido, por ejemplo: “Entre mil rostros, el tuyo...”, “Las miradas besan antes que los labios”, “Me estrello en tu estrella”, “Principessa de todos los días”. Lo último se me quedó grabado para siempre. Es el fragmento final de un poema que agregué en el relato sobre el momento que la vi por primera vez y todas las veces hasta el momento. No me arrepiento para nada. Son detalles que con el tiempo van adquiriendo mayor importancia y gracia. Quizás haya sido la primera vez que alguien le escribió algo y si le sacó una sonrisa, con saber eso estoy satisfecho. Cada acto que implique romance sincero es una victoria.

Mientras escribo recordé mi adolescencia. Mi primer novia, parada frente a mi en la plaza que frecuentábamos a escondidas, leyéndome una carta que escribió para volver a enamorarme. El efecto mariposa. Un detalle que me dió millones de ideas. No me acuerdo de ninguna palabra. Solo me veo mirándola fijo, pensando en lo lindo del momento sin escuchar lo que estaba diciendo. Estaba nerviosa y eso me dio ternura. Ese papel y ese poema lo vi solo una vez. El resto es historia perdida. Solo tengo que agradecer haber estado con ella, quién me ayudó a ser mejor persona. Y mejor sigo de largo porque abrí una caja de pandora que me va a tirar a la cama durante días enteros.

“Principessa de todos los días”. Lo más real del momento. A veces iba a dónde no me esperaban solo para verla sentada en su lugar de siempre. Días lindos que hoy recuerdo con cariño. Fue como estar enamorado en la adolescencia, con toda la inocencia de alguien que está experimentando algo nuevo. Cuando leyó mi carta por suerte no se asustó. Me mandó un mensaje de texto con una exclamación. Y como la carta era extensa, me quedé sin palabras. ¿Seguirá existiendo? Quizás si la lea de nuevo, pueda ver de nuevo a quién la escribió. Una visita al pasado no siempre es malo. Ahora revoloteo y siento esa extraña sensación de estar cerrando ciclos sin cesar.

Ese día, después de dejarle mi carta en su casillero como en una película yankee, la vi en el centro. Yo estaba nervioso con la idea de si estaba bien lo que había hecho. Pero por su cara supe que la había encontrado pero no leído. Fue un momento gracioso pero para nada incómodo. Creo que la invité a caminar sin un destino fijo. Yo iba con un amigo, así que nos acompañó un tramo y se fue. “No sé como saludarte”, dijo antes de irse. Mi amigo de entonces conocía la existencia de la carta, así que entendió muy bien el contexto del momento.

Apareció un momento en blanco. Lo más cercano que me llega a continuación de lo anterior mencionado, es que llegué al fila del comedor popular y universitario para todo el público con el amigo de siempre y ella llegó como una estrella detrás de nosotros, sola. Entré en pánico. Y acá está mi consecuencia, mi inmovilidad ante lo inesperado. Después de la carta algo pasó, algo cambió. Obvio, todo cambió. Lo único concreto que puedo

decir, es que me inhibí. Mi personaje de persona caradura, atrevida y sin vergüenza se calló a pedazos. Sentirse vulnerable es una buena señal, pero es un arma de doble filo. El inconsciente nunca traiciona. Pero en ocasiones, mostrarse vulnerable con los sentimientos sin ningún tipo de protección y mentiras, asusta bastante. Si puedo usar una frase para adornar lo que quiero explicar, es que ella poseía el poder para destruirme por completo. Sentir es lindo, pero cuando esos sentimientos pueden ser palpados por otro, es imposible no temer a salir herido una vez más.

Ahora que lo pienso de nuevo, ella le ganó a otras de mis mentiras. En ese momento pude ver mi fragilidad. Pude verme vulnerable. Pude ver cada miedo. Logré entender todo lo que mi actitud egocéntrica y soberbia estaban protegiendo. Le ganó al personaje que era, un tal “JP”, alguien a quién terminé odiando y matando.

Es lindo haber admitido que me vi intimidado después de tanto. Me sentí vivo, no puedo negarlo. Esa responsabilidad de querer a otra persona como es debido, con respeto, ternura y delicadeza, intimida. No me vi capaz de nada. En aquel entonces no me quería ni a mí mismo. No había amor, solo mentiras bonitas por doquier. Me pregunto miles de cosas y me intriga que pensó ella en aquel entonces, sobre la carta y el después. Tendré que irme intrigado y limitarme a contar recuerdos a media.

10

He estado mejor éstos días. Tranquilo, haciendo lo que tengo que hacer. Intento no desesperarme y apurar los pasos, o voy a romper más lo que aún no se ha curado. Es impactante verse rendido a la vida y de un día a otro entender que uno mismo elije rendirse ante ella. Hay dos opciones: la vida o la muerte. Morir no solo es dejar de respirar, morir es resignarse por completo y olvidar todo lo que nos da un sentido, aunque sea momentáneo.

Es difícil verlo en el momento, no conozco a nadie que en plena depresión se reconozca como depresivo. Al menos mis mentiras eran “estoy tranquilo”, “en paz”, “es solo desapego”, “estoy cansado, tengo que descansar”, “mañana es otro día, otros pensamientos”. Lo cierto es que estos meses elegí la muerte por sobre la vida, un día tras otro, hasta que toqué fondo y me vi envuelto en una oscuridad que no puedo explicar. No voy a lamentarme, es una experiencia que me servirá para el resto de mi vida. Por fin dejé salir todo lo que debía salir después de años de evasión.

Nunca en mi vida lloré tanto. Es que desde la navidad pasada ya no puedo aguantarme las lagrimas, mi cuerpo no puede controlar o evitar la verdad. Lloré como una persona rota frente a mi familia que mientras me veían se aguantaban el llanto. Es curioso pero me sentí bien, liberado y valiente. Hay quienes enseñan que llorar es de cobardes, hay que aguantarse todo porque es lo que hace un hombre. He aquí la mentira que arruina la vida, porque reprimir los sentimientos es matarse por dentro, es evitar la experiencia de sentirse vivo. Los hombres más valientes y masculinos que he visto, son personas sensible y amorosas. Los cobardes fingen no sentir, se aguantan el llanto y por lo general son insensibles ante sus seres queridos. Me atrevo a decir que aprender a llorar cuando se debe, reír cuando hay motivos, respirar cuando nos sentimos ahogados, caminar cuando la vida obliga a correr, es liberador.

Fue liberador. Mi ego y todo eso que mi inconsciente construyó para protegerme de vaya a saber qué cuestión complicada de mi psicología, un día no fueron suficiente y por fin me atreví a verme al espejo sin filtros. Muchos personajes y miles de mentiras. Me vi a mí mismo. Al niño, al adolescente y al adulto convergiendo en el mismo cuerpo. Me alegro que

me haya pasado ahora, en mi soltería, en el pico de la juventud, antes de ser padre, esposo, amante, amigo, hijo, tío y quién deba ser en diferentes términos. Vi algo sobre “el vacío espiritual” como punto de partida para convertirse en una mejor persona. Tocar fondo fue lo mejor que me pasó, caso contrario estaría viviendo una vida sin sentido en busca de oro y lujuria. Cada quién en su camino, claro está, pero sentirse vacío y llenar ese vacío con más vacío no es el estilo de vida que me inspire amor, sensibilidad y belleza. Algo necesito, algo busco... la única certeza que tengo es que debo seguir insistiendo. Mientras me tenga a mí, tengo todo el tiempo del mundo... palabras peligrosas para lo efímero que está resultando todo lo que voy palpando.

Estoy tocando la línea delgada entre palabras de resiliencia y la masturbación mental con palabras bonitas. Puede que mi problema sea el optimismo lacerante que me saca de la realidad y me brinda orgasmos mentales para evitar el sufrimiento legítimo de aceptar la verdad. “Optimista”. No, usé la palabra incorrecta. Puedo agregar “evasión” en su lugar. O, como dice la gente, “fingir demencia y seguir de largo”. Hay que aprender a frustrarse y seguir. Evitar no lleva a nada. Enfrentar da carácter y enseñanzas.

Hoy no leí ningún libro de auto ayuda. Desconozco de donde viene lo que he escrito en los últimos párrafos. De seguro, es mi estrategia de autocompasión para evadir lo que pasa por mis recuerdos en éste momento. Optimismo sin sentido para poder sentir con sentido.

Aún estoy lejos de mi meta y muy lejos del punto de partida. No hay retorno ni salida. Pero ya estoy cansado de escribir, por suerte hay salida sin retorno.

He visto la verdad gracias a la ayuda externa de quien me ve fuera de personaje. Mi voluntad está rota. Insisto en la resignación, pero la voluntad siempre fue mi virtud. Y recuerdo de nuevo la pregunta de mi madre: “¿Qué te pasó en el medio?”. No sé que me pasó estos años, intento averiguarlo. La respuesta que le daría ahora sería más de lo mismo: “Estoy viviendo por primera vez, solo estoy experimentando las consecuencias de mis actos”. Palabras tan bonitas que casi borro todo lo que he escrito.

Ya he masturbado bastante mi mente por hoy. Lo positivo es que no me voy a la cama satisfecho. Me reconozco infértil e incompleto. Hoy no recordé nada. No busqué nada, ni siquiera lo intenté. Me senté a escribir hasta que me cansé. Y ahora, por fin, sigo escribiendo para recuperar la voluntad. Es tedioso, pero lo necesito si pretendo seguir viviendo.

Y si le confesara al mundo lo cerca que estuve de matarme, quizás dejarían de sonreír y halagarme por estupideces. Ha sido difícil relacionarme estos meses. Tampoco lo intenté. Quienes me conocen desde hace años, me desconocerían por completo. Por suerte puedo usar los recuerdo que tienen de mí para excusarme con un simple “estoy cansado”. Estoy cansado... esas fueron las últimas palabras que me dirigió una joven mujer con quien me frecuentaba en mi día a día antes de que se suicidara. “Estoy cansada”. Lo dijo varias veces ante mi sorpresa por no ver la sonrisa dibujada en su rostro. “Cuídate mucho”, me dijo cuando se fue. Su mirada aún está grabada en mi cabeza. Era la mirada de la resignación. ¿Esperó que leyera su mente? Por supuesto, al día siguiente fue duro despertar y enterarme de su muerte. Tan joven y con tanto por vivir. Me hubiese gustado decirle que hay miles de forma de matarse para revivir en una mejor persona. Todo el tiempo nos estamos matando una y otra vez para aprender a respirar. Pero matarse para siempre debe ser el último acto desesperado para evadir la realidad.

No la conocía demasiado. Estuve más sorprendido que triste. No la entendí en su momento. Ahora puedo decir que quizás me acerqué a entenderla un poco. Y si esa noche en vez de mentir con su “estoy cansada” me hubiera confesado que estaba deprimida y resignada a la vida, ¿todo sería distinto? Como fui la última persona que habló con ella, me siento responsable por no haber dicho las palabras correctas cuando se despidió con la mirada más triste que he visto.

Aunque admito que me afectó de verdad, fue con efecto retardado. Creo que me vi a mí mismo, rendido y resignado, sin voluntad para nada más eirme de la forma más cobarde posible. O valiente, si comprendemos el trasfondo del coraje para cometer semejante acto final. Pero ocurrió mientras mi disciplina estaba intacta, mi voluntad impoluta y la vitalidad esplendorosa. No había tiempo para ninguna lágrima.

¿Qué me pasó en el medio? Si veo los hechos, el suicidio de esa persona me rompió. Era joven, muy joven. No creo que sea el motivador principal, pero recuerdo muy bien que a partir de entonces empecé a tener relaciones sexuales una y otra vez, inclusive días seguido en los que no podía dormir. Usé el sexo como evasión y me encargué de romper todo lo que había logrado. Mis vicios resucitaron para intentar matarme de nuevo. Una vez más, he pecado.

11

La intención de éste escrito ha tomado otro rumbo. Empecé a escribirlo porque estaba harto de evadir el amor que le tengo a las letras. Me senté y empecé. Fue después de que ella apareciera de nuevo frente a mí, dónde me atreví a mirar de nuevo sus ojos. Tantos pensamientos me pasaron por encima que los usé como un empuje motivador. Esa es la razón por la que fui recordando momentos con ella en mente. Puede ser inspiración o una cachetada después de haber estado aislado del mundo sin atreverme a sentir nada. Es que ni la música me interesaba, lo cuál es gravísimo. Ni el flamenco despertaba esa energía del baile y el canto. Depresión clínica. Pereza trágica.

Las páginas han pasado y salen cosas que son serias. Algunas las he borrado porque no me atrevo ni a leerlas, prefiero, por el momento, guardarlas en ese rincón que nadie puede ver, en la memoria que nadie debe conocer. Me siento ante la pantalla sin ideas, me pregunto sobre qué voy a escribir y empiezo sin claridad, solo voy hablando por hablar. A veces aburre, lo sé, pero en ocasiones me deja inmovilizado con un nudo en la garganta.

Hoy recordé un evento que había olvidado. Fue hace muchos años, en invierno, el día estaba helado, nublado y con viento. Una combinación que quita sonrisas, pero el día se vivió igual. Había tristeza en el ambiente y una sensación de mal augurio. Es que la tragedia siempre avisa cuando se va a presentar. Uno no lo ve, pero se siente y es difícil de ignorar. Es probable que se me hayan mezclado los días y la memoria, pero el final siempre es el mismo. Son esos momentos en los que, siendo joven, no se sabe qué pensar y sentir. Nadie se atreve a decir nada y en lo personal es lo mejor. Ese día, una mañana tan horrible como muchas, me veo en clases y no hice absolutamente nada. Solo miraba las nubes negras que taparon la luz del sol, en silencio y sin prestar atención a nadie, ni a mis compañeros que siempre estaban boludeando. Solo pensaba en esa persona con la que había planeado ir a jugar al tenis el fin de semana que se acercaba, que, vaya a saber por qué, se ahorcó la tarde anterior.

No recuerdo ni el nombre. Lo único que me quedó fue el color de sus ojos; azules y oscuros. Era un año mayor que yo. Me enteré cuando toda la escuela estaba movilizada por algo. Unos apenados, otros averiguando la novedad y algunos pocos compartiendo lo que sabían. Es imposible predecir el futuro cuando se trata sobre la vida y la muerte. Me enteré tarde. Al principio no le di mucha importancia, porque cuando de desconocidos se trata hay que mirar para el otro lado. Pero al enterarme, pensando en que era una confusión, lo primero que hice ver el último mensaje que me mandó: “Bueno, nos vemos el sábado”. No le respondí y esa postura la mantengo hasta la actualidad, porque no tengo otra opción.

Puedo ver aquel evento y es aún más sorprendente. Una joven de 15 años se mata porque la vida se le complicó un poco. Es realmente trágico. Los momentos malos son tan pasajeros como los buenos. Van y vienen por igual. Pero de eso se trata la vida, de experimentar todo lo que se presente y seguir con lo superado o no. Lo único que supe sobre ella, es que se había matado porque el novio la dejó. Y... en su momento no lo entendí y ahora menos. Por supuesto, hubo más motivos y razones, pero comento el chisme que más trascendió.

Vi el último mensaje durante días, preguntandome si pude decir algo, si un mensaje o haber jugado al tenis hubiera cambiado su destino. La culpa me la guardé para mí y seguí como si nada. Enfrenté a la muerte con olvido y sin memoria.

Atravesando lo escrito, siempre enfrenté todo con la cabeza en alto. Puedo comentar sobre la tentación de la muerte para acariciar la tragedia poética, pero abriendo mi corazón de par en par, lo real es que amo vivir. Lo disfruto y siempre encuentro un motivo para seguir. A veces desaparezco, pero vuelvo radiante como el sol en el amanecer. Aprendí que todo se trata de momentos que son pasajeros. Algunas historias se quedan marcadas para bien, otras duelen de mil maneras, pero se sigue con la curiosidad de ver qué hay más allá de todo esto. Para crecer hay que matarse una y otra vez. Es una metáfora complicada.

Porque te busco y no te encuentro. Porque te miro y muero. Porque eres mejor que todas tus imágenes. Aunque te tenga y no. Aunque la noche pase.

Pequeña y dulce. Corazón coraza.

Y vuelvo a respirar recordando aquel poema que le dediqué. Que es de otro y lo hice propio, para regalárselo a ella. Me he librado de todo mal y vuelvo a respirar con el romance entre mis manos. Tengo poemas por doquier, solo debo mostrarlos. Alguno que otro puede llegar a gustar. Y como el romance me da vida, aquí vamos de nuevo, por más aprendizajes y con todo el lío emocional que haga falta. Así como si nada pasé de la muerte al amor. Supongo son las nueve horas extras que pasaron para que termine lo que empecé. Y, como está escrito, “si nada nos salva de la muerte, que al menos el amor nos salve de la vida”. Ahora entiendo a quien me dedicó esa frase. Tan tristes eran sus ojos celestes como el cielo, que comprendí que por ella hablaba su memoria. Y acá aparece, sin querer, otra dama que conocí éstos años y me movilizó de mil maneras.

Es que hay demasiadas mentiras. Juego al romántico de una mujer y aparecen nombres por doquier. No me culpo, han pasado varios años y con los años fui conociendo otros corazones con quienes pude latir y con quienes no hubo nada en absoluto. Aún así, sigo pensando en una “principessa”. Es que le está ganando a todos los nombres. ¿Por qué?

¿Qué necesito recordar?

Sin respuestas. Quizás ya no quiero hablar de ella, no tiene mucho sentido. Pero así empecé y tengo la obligación de continuar o deberé borrar todo y empezar de cero. No tengo problemas, no sería la primera vez.

He aquí algo interesante para mostrar. Siempre fui un escapista empedernido. Tantas veces fueron las ocasiones en las que hice cambios drásticos y empecé de cero. Un reseteo completo. Escapaba de mis problemas, de mis dudas, y de toda la vida que me abrumaba. Me mudé varias veces a diferentes ciudades y cuando sentía que me asfixiaba abandonaba todo de nuevo y me iba al primer destino que se me ocurría, donde tenía la certeza de que todo sería diferente. Borrón y cuenta nueva. Esa era mi gran mentira, el pensar queirme a otra ciudad, con todo lo nuevo, junto con la creencia de que la vida sería distinta y que todo lo viejo se quedaba atrás para siempre. Una cruel mentira. Un escapista que vuelve al inicio cuando cree que es el final.

Si, la ciudad era nueva, la gente, el paisaje y todo lo que mis ojos veían solo eran una distracción momentánea. Cuando uno se acostumbra a lo nuevo, lo que se creyó olvidado vuelve y con una peor forma. Se puede cambiar de aspecto, de círculos amistosos y de hogar, pero las actitudes, la personalidad, los pensamientos y quienes somos nos sigue hasta en los sueños. Yo escapaba de mis responsabilidades, actitudes, dolores, tristezas y de la vida que me había encargado de destruir poco a poco. Tan negligente era, que me iba sin reparar nada, sin hacerme cargo de absolutamente nada.

Abandonaba todo y no daba explicación. Parejas, amistades, familia. Solo desaparecía como si nada, sin explicaciones. Tanto daño hacía, que no era capaz de enfrentar las consecuencias de mis actos, de mi falta de empatía y amor. Hoy lo veo claro y siempre fui egoísta. No sé a qué se debe, pero si me atreviera a hacer una critica, diría que era mi forma más cobarde de protegerme. Un niño que se esconde cuando rompe algo y quiere llorar.

A tantas personas he dañado en ésta vida, que no entiendo como son capaces de quererme. Obvio, eran otros tiempos. Hoy, por suerte, ya dejé

todo eso atrás, aunque hay que seguir corrigiendo y mejorando. Por ejemplo, dejar de ignorar a quien no se quiere ignorar.

A mi primer novia la dejé de un día a otro, cuando la quería con el alma entera. Después de cargar con el arrepentimiento encima durante años, continué haciendo lo mismo. Conocía a alguien, salíamos un par de semana y al otro día ya no le contestaba ni los buenos días y me esfumaba como humo en un asado. Aunque el humo al menos deja olor, yo ni eso. Sigo sin entender como es que cuando me volvían a ver después de meses o años, me trataban con amabilidad, como si nada hubiera ocurrido. Solo unas pocas personas se atrevieron a deshaogarse, y a esas pocas personas las ignoré de nuevo.

Mudarme una y otra vez era solo el retrato de cómo vivía mi vida en general. Escapista hasta nuevo aviso. Hasta que me di cuenta cuando me pagaron con la misma moneda. Me dolió tanto que hoy lo agradezco porque fue esa cachetada que me despertó. Por supuesto, puedo comentar los hechos pero he roto relaciones que pudieron durar toda una vida. Y acá estoy, tan solo como siempre. Creo que es un tema importante para tratar en terapia.

La última vez que quise mudarme fue hace un año, cuando escribí a otra universidad pero por alguna razón no me respondieron. Ya tenía en manos la documentación correspondiente y las ganas de irme al carajo. No soportaba nada, necesitaba escapar una vez más.

No lo hice. Decidí seguir y enfrentar todo de una vez. He aquí cuando comenzó mi camino de introspección. No es dato menor, pero ella quizás tuvo un poco de influencia en mi decisión. Es que me gustaba tanto verla que el pensar desaparecer me pareció tonto. Si, la luna se ve en cualquier rincón del planeta, pero aquel entonces disfrutaba verla en donde estaba. Cuando se está enamorado los razonamientos no suelen tener sentido, pero tienen motivos. Y acá veo otra mentira, lo cierto es que solo tenía ese motivo egoísta de querer poseer a alguien, que sea mía, como dirían los caballeros. De no haber estado enamorado de alguien, sin dudas me hubiera ido a empezar de cero una vida repleta de irregularidades.

Se mezclan los conceptos y las ideas. Todo es muy repentino. Siempre creí que una sola persona fue motivador de éste intento de memoria escrita,

pero aparecen más nombres que no creo adecuado tratar.

No he pensado mucho en ella, la que supuse como victoria ante mis mentiras. Sentarme a escribir me obliga a hacerlo. Ya es maniático. Pero admito que aún hay mucho para transparentar. Mañana intentaré desentrañar los motivos de mis “Buongiorno”. Un lindo recuerdo para no olvidar que las personas románticas aún no desaparecen. Mañana, si dios quiere, vuelvo a recordar con el cariño que corresponde. Últimamente he estado poco sentimental. Mente ocupada no tiene tiempo para sentimentalismo. O, mejor dicho, corazón cerrado evita el sentimentalismo.

“Buongiorno Principessa”.

Debería arrancar así cada capítulo o cada día de mi vida. Una lástima que no tengo a quién decírselo. A mi mismo no podría, podría arruinar esas dos palabras por querer poseerlas para mi propio beneficio con resultados impredecibles. Debo pensar muy bien en internarlo aunque sea un par de veces. Me cuesta salir de la cama en las mañanas. No sé, pero pierdo la batalla cada día. Me despierto a la hora de siempre, seis o siete de la mañana y sin alarma. En mis mejores días me levantaba a tomar mates o me preparaba un submarino con el chocolate más amargo que se puede conseguir en el supermercado. Empezaba el día con ganas de vivirlo. Hoy, y desde hace tiempo, las sábanas me ganan aún cuando estoy solo. Si despertara con alguien al lado, podría entender el porqué de mi renuencia a salir de la cama. Pero el motivo ha de ser clínico y por lo que he averiguado, es mi voluntad rota la que me tira. Sospecho que la depresión no es una palabra que se aleje del hecho.

Eran buenos aquellos momentos, donde cada día, durante meses, me despertaba y colocaba en las historias de mi instagram un cartel con las palabras “Buongiorno principessa”, alguna pintura de fondo, una canción y algún fragmento de un poema que haya leído en el momento. Era una buena forma de despertar. Si querer, dicha acción tan honrada de dar los buenos días me ayudaron a levantarme apenas abría los ojos. Hoy no tengo a quién darle los buenos días, podría decirme, pero solo ignoro a la gente que si me importa porque lo estoy tomando como un hecho, que no es necesario saludar, que todo está en orden y las muestras de afecto no son necesarias. Vil mentira, tengo a quién darle los buenos días, siempre tuve. Pero como soy humano y busco el romance entre las estrellas, es más fácil y divertido embelesar los ojos de alguien desconocido para poder darle un beso y, si dios hubiera querido, caminar de la mano bajo la lluvia.

Debo confesar que cuando lo empecé, fue cuando conocí a otra persona, a una rubia de ojos claros que apareció de la nada en el momento menos indicado. No puedo decir mucho, pero la primera vez que la vi coincidimos

en dos cosas que no pude ignorar. Ella se presentó como admiradora de Van Gogh y como conocedora de la obra de Benedetti. Dos puntos afilados para hacerme sangrar. No duró mucho, pero a ella fue a quién le dije por primera vez “Principessa”. Nació cuando me comentó su gusto por el italiano. O casualidad, crecí escuchando a Andrea Bocelli y usaba palabras en italianos hasta para gemir. Ella me recomendó una película dónde el personaje principal saluda a su enamorada cada vez que la ve con un “Buongiorno principessa”. Acto seguido, cambia mis “Buenos días” por un eterno “Buongiorno”. Por fin alguien que no iba a mirar raro con mi italiano desprolijo. Se lo dediqué las primeras veces, antes de llevarlo a otro lugar.

Es una especie de péndulo, voy de un lado a otro, pero siempre termino en el mismo lugar. Sea el caso, en el mismo nombre. A los pocos días vi a la musa que inspiró éste escrito y la saludé diciéndole “principessa”. No hubo retorno. Así fue día a día hasta que por momentos no recordaba su nombre real. Pero aquí mi gran error. Cuando no se lo decía en persona, lo publicaba en la red social para todo el público, que no era mucho, pero los suficientes para romper aquello que denominan privacidad.

Con el pasar de los días todo fue mejorando. Solo lo hacía cada día sin pensar en ninguna consecuencia. Lo hice y ya, no podía suponer nada. Era mi forma más sutil de mostrar cariño a alguien con novio. Las risas no faltaron, claro está. Y como comenté antes, ignoré y subestimé a los chismosos de turno. A los pocos días, gente que no estaba en mi radar comenzó a preguntarme quien era esa misteriosa “principessa”. No se lo dije a nadie, pero los chismosos llegaron lejos y descubrieron a quién se lo dediqué por primera vez. Me había quedado tranquilo, porque podía tener el secreto solo para mi mismo y disfrutarlo. La gente siempre se encarga de arruinar cualquier suelo con plantas a pisotones. Algo así son los chismosos con lo ajeno.

Con el tiempo me olvidé de la rubia. Es cierto que fue intenso el primer encuentro. Pero son esos momentos que aparecen y desaparecen en un abrir y cerrar de ojos. Y acá mi culpa, el haber subestimado a quienes le dieron forma a ese misterio de quien me había empezado a gustar. No sé el por qué del interés ajeno, supongo no tenían nada más importante de por medio o es probable que sea el hecho de nunca contar nada de mí. El asunto escaló

tanto, los nombres fueron varios, no respondí a ninguna sugerencia y me guardé ese misterio como es debido. Mea culpa. Una noche, de forma inesperada, esa rubia apareció con una invitación para ir a tomar algo. La noche estaba fea, con viento frío y el cielo sin estrellas. Sin ganas, fui.

Todo era risas hasta que empezó ese declive en mis emociones. Ella comenzó a dedicarme palabras muy lindas. No las esperaba por nada en el mundo. Mostró su felicidad por los “Buongiorinos” mañaneros. El como todos sus compañeros le hablaban de mí. Confesó que le contó ese y otros detalles a sus amigos de toda la vida y que la comenzaron a molestar llamándole “principessa” y habló tanto que me sentí fatal. En pocas palabras, fue una declaración. Como podía decirle que no lo hacía para ella, como decirle que fue una confusión, como decirle quien era mi inspiración. Fue un momento feo. Fueron palabras hermosas y las respondí con silencio. No sabía que decirle y tampoco quería mentirle. Un acto inocente pudo alegrarle la vida a alguien, maravilloso, quizás lo necesitaba más que nadie, pero el nombre de ella no era el que estaba en mis sueños. Fue incómodo. Luego de mi silencio, de mis ausencias de palabras lindas, hablamos un rato más hasta que nos fuimos. La acompañé a su destino, como un caballero, pero no crucé la puerta. No fui capaz de hacerme eso y menos a ella. La velada me amargó y ahí me di cuenta de lo mucho que idealicé a alguien. Fue ese punto de inflexión que me quitó la ceguera. Pude pasar la noche con una mujer hermosa, pero sentí que había arruinado todo. Estaba perdido y ya no había vuelta atrás. Todo era tarde para arreglar las cosas. Lo curioso es que la rubia en cuestión, sigue apareciendo en mi vida. La última vez que la vi, que fueron días seguidos, pude verla a los ojos y recordé sus palabras bonitas. Me dice “principesso”, quizás esperando que le responda con lo mismo. Pero no puedo, no me sale. Para mí, principessa hay una sola. Lástima que todo se fue olvidando.

Al poco tiempo de aquellos encuentro, dejé de hacerlo. Dejé de dar los buenos días. Lo intenté por mensaje privado, como debió ser desde el principio. Duró varias semanas, pero en mi conciencia la culpa estaba echando raíz. Ya no podía soportar la mentira. No fui capaz de ignorar la culpa. Sin querer, o por falta de tacto, dos personas llevaban el mismo sobrenombre. Desde entonces ya casi no lo pronuncio, el resto se encarga de hacerlo. Como siempre, hice lo único que sé hacer, escapar. Fingir que

nada pasó. Hubiera estado lindo aclarar las cosas en el momento adecuado, pero ya es tarde.

No importa lo que pueda decirme ahora. Fue lindo, me ayudó más de lo que imaginé y sirvió como inspiración para empezar cada día con una sonrisa dibujada. Feliz e inocente. Espero haya sido mutuo, espero le haya sacado sonrisas y alegrado la mañana como a mí. Y como todo lo tierno y bueno, hubo un punto final. Según entiendo, ella le ganó a mi culpa, cuando la volví a ver pude decirle “principessa” porque siempre fue ella, la que motivó mis mañanas románticas.

14

Me queda claro que hasta la mentira más pequeña puede tener consecuencias en quienes somos. Lo peor es creerse la mentira e intentar que los demás la crean. Es complicado darse cuenta, pero ahora, por lo que he sido capaz de escribir, veo las mentiras que controlaron mi vida durante mucho tiempo.

En el capítulo anterior empecé escribiendo con la mejor de las intenciones. Todo derivó en una mentira más. Y lo peor es que no fue una mentira maliciosa, solo fue algo que poco a poco se me fue de las manos. Ahora comprendo el caos que tanto mencionan en la carrera. Una pequeño empujón y a continuación aparece un mundo impredecible. A veces callar no es bueno. Muchas veces guardé silencio o ignoré la verdad por conveniencia. Es que un pequeño gesto puede influenciar demasiado en otro y ahí empieza el efecto de la bola de nieve que mientras cae aumenta su tamaño.

Hay mentiras que ignoramos porque no se suponen serias. Hay mentiras que creemos porque es más sencillo que ver la dura realidad. Por ejemplo, cuando se está en una relación rota y dañina, y nos decimos una y otra vez que es parte del proceso, que el amor se construye y todo lo malo que pasa debe pasar. Parece más sencillo seguir con la mentira encima, pero la verdad duele solo un rato.

Me pregunto dónde hay más mentiras ocultas. Por supuesto en mis relaciones las mentiras están a diestra y siniestra. Y cuando digo “mentiras”, no me refiero a decir que el cielo es verde cuando todos ven que es celeste. Me refiero a esa mentira más grave como decir que las zapatillas que usamos para caminar es de nuestra talla cuando aprieta en cada paso y nos rompe los dedos o nos queda suelta y ralentiza nuestro avance para que no se nos pierda en el camino. Es una mentira con consecuencias graves. Es tan simple el ejemplo, que para darle gravedad al asunto es útil mencionar la mentira que nos decimos para engañar al cerebro y a todos alrededor. “Estoy bien” cuando se está emocionalmente destruido.

Hoy en la mañana me desperté contento. Ya estaba pensando en tomar mates para ganarle al frío. Con lentitud fui traicionado por mi cabeza. Dios,

que inquieta es. Pensamientos y recuerdos que sofocan. La verdad, no sé si hago bien en dejarlos ser. Evitarlos nunca me ha servido, distraerme sirve por momentos, así que dejo que me ataquen, ya no espero tener el control. Son feos y la sensación que dejan es como estar escuchando música que detestamos y sabemos que no podemos silenciar. De la memoria no se puede escapar. Y como ahora juego a escarbar en mi mismo, cuando levanto una piedra aparecen bichos de todo tipo. No paro de sorprenderme. Tantos peros y demasiados porqué. Hasta el más mínimo detalle de mi persona tiene un motivador.

Me estoy conociendo como nunca. Por fin, ya era hora. Ahora reconozco la verdad de que crecer es un proceso doloroso. Afortunado soy por mis gustos masoquistas. Me hace acordar ese día cuando salí a pasear con una mujer que me sacaba más de quince años. Caminábamos de la mano, de noche, dos románticos sin destino y con poco sentido, pero en momentos así lo único que importa es vivir el momento. En el camino vimos un jardín con rosas de varios colores. Lo primero que hice fue acercarme al jardín, saltando una pared para entrar al lugar. Arranqué la rosa más linda que vi mientras mi mano sufría cortes debido a las espinas.. Dolió, sangré, pero al verla sonreír, feliz y bailando me olvidé de mis dolores superficiales.

Creo que ese es el camino del crecimiento personal. Tiene que doler lo que deba doler, porque al final tiene la intención de mejorar nuestra existencia y la del prójimo. La búsqueda de la sonrisa propia y ajena hacen que cualquiera esté dispuesto a romper sus manos. Muy lindo todo, sí, pero si vemos la historia desde la perspectiva de la rosa, la tragedia es la prosa principal. Imagino estar hermoso en mi jardín, bien acompañado, brillando como nunca y que de golpe algún ser poseedor me arranque del lugar pese a estar protegido por largas espinas.

Y de nuevo aparece su nombre y su apodo. Principessa. Siempre me critiqué el hecho de ir arrancando rosas del lugar dónde quedan perfectas y hermosas. Con el tiempo aprendí a contemplar la belleza sin querer poseerla o arrancarla del lugar dónde se ve perfecta. Quizás es lo que me pasó con ella, aprendí a quererla como es, a verla en su mundo que es tan ajeno al mío. A disfrutar mientras podía, porque siempre hay un final. No recuerdo verme con esa intensidad trágica de querer poseer su nombre, de que sea

mía y solo mía, como muestran en la novelas románticas. Me dediqué a sentir sin querer poseer. La veía con su novio del momento, pero no sentía celos. Solo me preocupaba saber si la querían, si la trataban bien, si ella estaba a gusto. Algo extraño para éstos días que matan hasta por un celular.

Obvio, por momentos la tentación de querer arrancar la rosa de su lugar para llevarla a otro jardín parecían ganar en el juego de las intenciones, pero lo bueno siempre lucha para ganar. Uno pierde cuando se deja perder, uno busca lo malo porque no hay que esforzarse. La bondad implica sacrificar los instintos mundanos que llevan a arrancar todo lo bello de raíz para hacerlo propio. “Me gusta y es mío”. “Mío”. Nadie pertenece a nadie. Las pocas veces que me dijeron “sos mío”, tuve que corregir. “Tuyo las pelotas, no pertenezco a nadie”. Soy romántico, pero no boludo. Un poco trágico cuando la educación está basada en que poseer lo que se quiere es motivo de festejo. Voy encontramano, como siempre.

Buongiorno. He leído todo lo escrito hasta el momento y logro ver mi cinismo. No sé por dónde empezar ante el lío que armé. Todo salió y está oculta en cada palabra. Ver todo por primera vez, además de revelador, es perturbador.

Voy a copiar y pegar el razonamiento de un psiquiatra que me motivó a emprender la limpieza en mi psiquis hace un año:

» *El "enamoramiento" desde la psiquiatría y la salud espiritual: En mis libros explico con total claridad que **el enamoramiento no es amor genuino**. El enamoramiento es una experiencia eróticamente motivada, un colapso temporal de los límites del ego que nos da la ilusión de una unión mística con el otro. Es un mecanismo biológico y psíquico que no requiere esfuerzo, no requiere disciplina y no exige voluntad. Es un milagro barato. Usted no estaba amando a esa mujer. Usted la estaba **utilizando**. Usted la convirtió en una pantalla de proyección para su propia vacuidad.*

En gran Scott Peck poniendome en mi lugar. Nunca amé a nadie. Con razón estoy tan perdido. ¿Como alguien puede sobrevivir sin amor? Y si lo pienso mejor, es una palabra que he pronunciado solo un par de veces. Le tengo terror y respeto por igual. Palabras delicadas para desperdiciarlas al aire. No soy quién amó cuando tuve a quién amar.

Siguiendo la explicación de Peck, el amor es esfuerzo y disciplina. Entiendo el porqué la pereza es el pecado principal. El pecado que atrapa para siempre. El resto de pecado no sucede sin antes haber caído en la pereza de algún modo. He aquí escribiendo, soy perezoso por esquivar quién soy. Debo entregarme por completo a la vida o la muerte me alcanzará cuando menos lo espere.

Cuando te busque y no te encuentre, ese día será una gan victoria.

16

No tengo más para recordar. Al menos no algo que quede bien con ésto. Son recuerdos esporádicos que no son relevantes.

Lo último que me atrevo a comentar, fue aquel extraño momento, donde comimos juntos y la conversación derivó en el libro ruso “Noches Blancas”. Lo leí un par de meses antes, por lo que la historia la tenía fresca. No hice comentarios. Pero ella se mostró indignada por lo que leyó. No podía creer y soportar el desenlace. Entre todo lo que dijo, solo recuerdo sus “Te amo”, que repitió una y otra vez. No me lo estaba diciendo a mí, claro está, solo era su indignación ante una historia dónde el “Te amo” derivó en un sentimiento vacuo y fácil de abandonar. Palabras al aire. Tuve que hacer una broma dando las “gracias” para dar entender que para mi esas palabras no se dicen en vano. Si bien fue divertido, no pude evitar el sueño de que esas palabras eran para mí. Hubiese sido lindo, más para aquel momento. A los pocos días lo olvidé y ahora lo recordé sin querer. Insisto, solo son recuerdos que van y vienen. Por momentos parecen importantes, pero al rato son uno más del montón.

Lo único que me intriga es cuales fueron sus pensamientos, sentimientos e historia en todo ésto, tal vez inconcluso, tal vez concluido. Es una duda que deberé responder con suposiciones. Nunca se sabe, quizás tenga la oportunidad de saberlo en algún momento.

Lo último que me sale recordar, fue cuando fuimos a tomar algo. No fue una cita, más bien fue ese encuentro casual que es común entre dos conocidos que no tienen mucho para hablar. Tantas veces la había invitado sin éxito, que cuando se dio la ocasión no encontré motivo para festejar. En cierto punto, me sentí decepcionado por todo lo que había imaginado. No me sentí feliz, solo fue un momento que se quedó ahí, en una especie de bar rústico que no logró impresionarme. Puede que el momento haya sido el incorrecto, pero supe después de éste evento que mi enamoramiento se había esfumado para siempre. Todo resultó ser una fantasía de mis mentiras e inseguridades, una proyección de mis tristezas, una sombra de mis deseos.

Creo que fue lo mejor. Ver a alguien sin tener la mirada ciega por idealizaciones. Vi todo por lo que era, ya sin esa magia y esa chispa que

despierta el interés. Anoche tuve una revelación que me dejó en shock. Ella, la principessa, me recuerda otros tiempos de mi vida. Ese rostro, entre otros, llamó mi atención porque sin querer me recordó la partida que más me dolió. El inconsciente y sus trampas. No he de buscar culpables ni arrepentimientos. Son eventos que aparecen para despertarnos un poco.

Lo único que puedo hacer es agradecer por ésta experiencia. Después de varios años por fin entiendo de dónde salen la mayoría de mis problemas. Es que hasta la adicción insana al chocolate viene de esos tiempos.

Al final, éste intento de romanticismo entre las letras y recuerdos terminó siendo la revelación sobre mi ego, soberbia y penas que creí olvidadas. De mis males no se salva ni el bien. No por nada lloré como nunca la navidad pasada y desde entonces no he parado. Hay tristezas que aún debo enfrentar aunque el letargo de mi memoria caprichosa juegue a los dados. Tengo que romperme un poco más para relajarme. Ahora o nunca, no hay vuelta atrás.

Sin querer, y de nuevo, ella me ayudó a ganarle a todas mis mentiras. Podría seguir escarbando, pero ya fueron suficientes las molestias. Lo importante es que se quedó para siempre en mi memoria. Una historia a medias sin mucho para contar, esa es la razón por la que cierro esta caja de recuerdos. Me quedé de nuevo sin palabras. Voy a desaparecer un rato, tengo que pensar en lo que sigue y en cómo seguiré.

Arrivederci per sempre.

Ha pasado un tiempo desde el último capítulo. No puedo cerrar lo que empecé con la mentira pintada en cada letra. Duele ver el estrépito de mis vacuidades, banalidades y todo lo que tiño de rosa. Nunca he sido yo mismo. La primer palabra es el comienzo de la mentira que tengo que matar con una última palabra que sea nada más que la verdad.

Me visto con mentiras todo el tiempo. Finjo sonrisas y miradas cálidas para tapar el frío que llevo dentro. Cubro con palabras lindas y coquetas la maldad de mis intenciones lujuriosas. Adopto personajes y apodos para que nadie me conozca. Los que me conocen son eternos, siguen de pie y a mi lado, el resto va y viene según mis ojos diabólicos van decidiendo quién es útil en el momento y descartable al siguiente. Soy eso, me convertí en la maldad que quise evitar.

De la disciplina a la pereza. Del amor a la lujuria. De la amistad sincera al acompañamiento de turno. No sé en qué momento se volvió todo tan efímero. Soy el responsable de todo. Me dejé ser, dejé salir cada instinto. Tan malvado que no tengo que estar cerca de nadie. He herido bastante, ya no quiero ser el responsable de ninguna lágrima más. He pecado cada día con la vista en alto, reconociendo cada acto como una injuria y nunca me detuve.

He sido un mal hombre, mal amigo, mal hijo, mal amante y mal ser vivo. La única excusa que tengo es que la maldad me sedujo y me volví adicto. Puedo hablar de arrepentimientos, pero me duran un día o dos. Luego la rueda sigue y no veo motivos para cambiar. Eso es lo que soy, una persona rota que rompe todo lo que toca. ¿Qué me pasó en el medio? Dejé de creer en quién era. Me rendí y actué como tal, sin pensar en nadie, solo en mis vicios que me controlaron hasta en los sueños.

Tantos personajes y sobrenombres hay detrás que ya perdí mi identidad original, el nombre completo que llevo encima.

Desaparecer fue lo mejor que me pasó. Pude hallar un poco de mi esencia vital. Pero es tarde. No puedo andar sonriente sabiendo que esta sonrisa desdibujó a otros rostros. Noche tras noche, día tras día. El placer quita

cada pizca de amor, y sin amor solo somos un cuerpo listo para ser devorado o un devorador sin empatía. Quizás seguí las costumbres populares al pie de la letra. El ego que me controla siempre fue festejado por los demás. Mi locura no hizo más que alocarse.

Sexo, drogas y rock n roll. La vida que siempre quise, la vida que me ganó. Siempre supe todo lo que hacía, solo que cuando entendía la maldad ya era tarde inclusive hasta para el perdón.

Me estoy maltratando, sí. Me lo merezco por escribir miles de palabras bañadas de mentiras. Debería cambiar el titulo por “Mentiras que buscan ser verdad”. Romántico ni en sueños. Manipulador puede ser. ¿Quién soy? Un lujurioso insaciable. El placer y dar placer es lo que más me ha gustado. Gemidos en mi habitación o en cualquier lugar, con mi lengua inquieta en la pelvis de una dama que llega al climax siempre que se envuelve entre las sábanas y quiere regresar al día siguiente cuando le pido que se vaya, eso me excita tanto que la novedad ya no me impresiona.

Sexo sin mirar al rostro. Amor salvaje y en posiciones que son un secreto. Gemidos que no reprimen. Más, quieren más y les doy más. Solo una persona me siguió el ritmo, alguien que sin dudas fue mi antes y mi despues. Le ganó a mi vicio hasta que me encontré sin aire, tendido en mi cama, desnudo, mirando al techo, tan solo junto al cuerpo más sexy que tocaron mis manos. ¿Quién soy?

Puedo intentar festejar esa vida. Pero desgasta. Me gusta el placer porque es parte de mi naturaleza humana. La biología en gran parte viene del placer. Entonces, ¿Quién soy? ¿Un lujurioso insaciable o un hombre tan perdido que se rindió?

Tarde o temprano toqué fondo. Vi quién era, lo que estaba haciendo con mi vida y en cómo la estaba desperdiciando por no ser capaz de controlar los impulsos. La lujuria solo potencia el resto. Es una droga que lleva a la mentira, en la responsable de la maldad que se adueña de los corazones inocentes. Maldigo el día en el que toqué lo peor de mí. ¿Quién soy? Sin dudas ya no quiero ser quién soy.

Toqué fondo y tuve que salir de cualquier forma. Cuantas mentiras en mis “te quiero” solo para un beso traicionero. Ya no pronuncio esas palabras.

Cuántas caricias disfrazadas de ternura que terminaron desgarrando todo el amor inventado. Cuántos poemas con palabras bonitas que solo fueron mi telaraña. ¿Quién soy? Soy alguien que se perdió en el mismísimo infierno.

Pienso en aquel pedazo de papel que se posó entre mis cosas. El corazón y la fecha de un lado, y un saludo privado en el otro. Un regalo tan simple que ella se lo guardó hasta ese momento. No sé si existe dios y, si es que así es, mucho menos sé como actúa. Solo sé que ese papel apareció en el momento que más lo necesitaba, en el momento justo para intentar recuperar y salvar mi propia vida. Ese papel me hizo recuperar lo que creí perdido. Un gesto tierno que fue reconocido por fin, cuando solo escuchaba que lo único que extrañaban de mí era el placer que les daba. Un detalle romántico que tuvo valor cuando otras personas no valoraron nada. Un papel tan simple que me conmovió lo suficiente como para hacerme creer de nuevo en lo que fui antes de perderme.

No sé como explicarlo. Pero aquel día se me quedó grabado. A los pocos días de ese gesto, me vi sentado, desnudo y con mis partes íntimas ardiendo, serio y resignado a lo que estaba haciendo. Estaba con alguien que no quería, que me hablaba y yo ya no podía escucharla. No quería escuchar nada, solo quería gemidos sin palabras. Me sentí tan solo que me tuve que meter al baño para mirarme al espejo y aguantarme el llanto. Ya no quería volver a sentirme así. Salí y entre mis cuadernos busco el papel que aún conservo. Lo quedé viendo como si fuera una píldora de la felicidad. La lujuria se acercó y me vio con el papel en la mano y mi mirada perdida. Supo que yo no iba a volver a esa cama. No fui capaz de mirarla, ya no quería hacerlo. No podía. Leí en voz alta lo que ya es un concepto: “Principessa”. La lujuria que se sentó a mi lado preguntó “¿quién es?” y le respondí con un piadoso “sin dudas no sos vos”. Desnuda se paró y quiso llevarme a la cama. Fui y en medio acto vi el martirio de mis instintos que corroían mi espíritu agonizante. Me detuve y llevé mis manos a mi rostro. Me agarré fuerte y con rabia. Suspiré para ahogar el grito y procedí a vestirme. Miré a la lujuria a los ojos, quién no entendía que me estaba pasando y, sin poder dirigir una palabra, me fui a tomar unos mates amargos como un hombre rendido que busca estar solo con sus pensamientos.

Tan antipático como revelador. La lujuria se sentó encima mío, puso sus pechos en mi rostro y buscó mis labios con su lengua. Fue el rechazo de mi propio reflejo. Por fin, después de toda una vida, le gané a la lujuria, a mis instintos más banales, a mi fragilidad como ser humano. La lujuria, más molesta que triste, se alejó de mis piernas y mi mirada distante, se vistió con mi ropa y en silencio se fue, con una estrategia tan horripilante como querer volver con esa misma ropa para buscar tentarme de nuevo. Gané. Por fin. Gané. Una victoria. Mi antes y mi después. Dejé el estado de ebriedad y ví la verdad con mis propios ojos. ¿Quién soy? Era alguien ciego que vio la esperanza de revivir de nuevo.

Ese papel, gesto tan inocente como un abrazo, tuvo una consecuencia memorable en mi existencia. Impulsó mi salida a esa vida malévola. ¿Cómo explicarlo? Sin instintos superficiales, sin el deseo banal encima, sin el gesto de la lascivia en la mirada, las mentiras se acabaron. Dios, qué duro es existir cuando todo alrededor lo fui construyendo entre mentiras.

Desde entonces lo único que me salió hacer fue aislarme y limpiar el desastre en el que estaba parado. Desaparecí de un momento a otro. Es que ya no podía mirar a la cara a nadie. Desde entonces me hice una promesa que por ahora no rompo y no pienso romper; ganarle al ego y a mi maldad es el máximo de mis objetivos. ¿Quién soy? Alguien que busca ser una persona sensible, amable, romántico como me muestran y dispuesto a mejorar cada día. No pido mucho, pero cuesta más que cualquier joya en el mundo. Solo depende de mí.

Espero éste final con el tiempo no sea una mentira más. Hoy, al menos, voy cumpliendo con varias desprolijidades. Aún siento que debo seguir aislado. Tengo que alejarme de todos por un rato más. Quizá sea cobardía, pero es mi intento de no querer tentar al mal. Y si hoy no te saludo, es porque no quiero herirte o, mejor dicho, no quiero herirme. Es mejor que te alejes para siempre. Aunque te busque y no te encuentre, es una victoria.

Y si busco la verdad, ella, sin querer, se convirtió en la mayor de mis mentiras. Éste escrito es testigo de principio a fin.